

# LA MONARQUÍA

DIARIO POLITICO

ANU VI

## PRECIOS DE SUSCRICION

En Ferrol, un mes, una peseta.—Provincias, trimestre, cuatro pesetas.—Ultramar y extranjero, trimestre, nueve pesetas. La correspondencia se dirigirá al Director del periódico. No se devuelven originales.

REDACCION: MAGDALENA, 190

ADMINISTRACION: SINFORIANO LOPEZ, 142

EL FERROL: Viernes 31 de Julio de 1891

## ANUNCIOS

La línea de una columna en la cuarta plana, cinco céntimos de peseta.—La de dos columnas doce céntimos.—En la tercera plana pagarán el doble.—A los suscritores se les hace una rebaja de un veinticinco por cien.—Comunicados á precios convencionales.

NUM. 1.396

## AL EXCMO. SR. COMANDANTE GENERAL DE LA ESCUADRA

Con la humildad propia del que á alta esfera se dirige y con la severa dignidad que la representación de la idea de un pueblo imprime, pretendemos, excelentísimo señor, hacer llegar nuestra voz á vuestros oídos.

Nosotros que reconocemos en V. E. al marino ilustre y al general respetable cuya hoja de servicios no se halla manchada con la más lijera sombra; nosotros que os hemos combatido como jefe de escuadra por las pretericiones á que á Ferrol habéis sujeto; nosotros que creemos representar la unánime opinión de este pueblo, vamos á hablaros, hoy que os damos la hospitalidad tranquila aneja á la raza gallega.

¡Lástima grande que al dirijiros á V. E. tengamos que hacerlo con el triste acento del oprimido!

Bien sabéis, excelentísimo señor, que toda escuadra es el producto de los sacrificios de una nación y que, como ley compensadora, esparce aquella, sobre los puertos que visita, parte de la savia recibida, que se traduce en inmediatos y directos beneficios para el pueblo que la alberga.

Nuestra región, esencialmente afecta á todo lo que á la marina se refiere; este pueblo, cuyo núcleo de marinos se compone, y este departamento, el primero de la patria, ¡con cuanta injusticia han sido tratados por V. E.!

Lejos de estas costas durante los largos meses de los temporales, esperamos los veranos con la impaciencia del labrador que espera el sol de Agosto para dorar las mieses, fijos nuestros ojos en esos barcos emblemas del valor y de la prosperidad de la nación.

Emblemas de la prosperidad; porque, en cada uno de ellos, existe latente una riqueza inmensa que toma vida cada vez que surcan las aguas; y, sin embargo, ¡cuántas veces lo han sido, para nosotros, bajo vuestro mando?

¡Bien prodigáis vuestros cariños á las costas del Mediodía! ¡Bien dejáis, allí, señalada la traza bienhechora de vuestras naves!... ¡Para Galicia solo olvido; y cuando no olvido, postergación!

¿Por qué, excelentísimo señor, es indiferencia? ¿Qué estigma infamante llevamos en la frente? ¿Qué agravios os hemos hecho? ¿Qué escollos tienen vuestras costas que no tengan las demás?

No es eso sólo. Cuando el año pasado, no por vuestra voluntad, sino por acatamientos á ordenes superiores, tuvisteis que venir á esta tierra á provistaros de agua y carbón, no quisisteis fondear en esta bahía, sino en la de la capital; expo-

niendo vuestros barcos, que son los nuestros, al furor de los elementos que allí se desatan libres de las barreras que en Ferrol los sujetan.

Allí no teníais agua y se la escatimabais al pueblo; aquí la teníais en abundancia y de vuestra propiedad; allí no teníais carbón suficiente ni facilidades de comprarlo, y lo adquirísteis de cualquier clase y á cualquier precio; allí no teníais otros elementos para las necesidades de la escuadra y tuvisteis que mandar, según se dijo, á uno de vuestros oficiales para que aquí los comprara. ¡Que vergüenza, si fuera cierto!

Esto pasó una vez; no volverá á suceder; decía Ferrol entero. El Comandante General de la Escuadra ha oído vuestras censuras, se ha convencido de que sólo nosotros estamos en condiciones de abastecer esos barcos; el General Butler es español y no reincidirá exponiendo los intereses de su patria en puertos mal seguros.

Y el español, el general Butler, el comandante de la Escuadra no ha reincidido; vino á Ferrol... ¡pero vino sólo!

Su Escuadra se deshizo; mejor dicho se deshizo ántes de mandarla aquí.

¡Mirad el fango de la Carraca y quizá balleis allí señales de ella!

Excelentísimo señor: Si en el fondo de vuestra alma existe el amor de un hijo á su madre, despertadle; ved que España es vuestra madre.

Si en el fondo de vuestra alma existe el amor de padre, haced que reviva, Ferrol puede considerarse como padre de vuestros barcos.

Si en el fondo de vuestra alma existe—y ya sabemos que existe—la hidalguía española, no la ocultéis; sacrificad vuestros amores particulares, una vez al año, en aras de Galicia.

Si en el fondo de vuestra alma existe culto á vuestra profesión, dadsele visitando este departamento, en donde la aprendisteis, ó la aprendió, al menos, la mitad de la marina española.

Solamente cuando dando pruebas de que esos amores, esa hidalguía, ese culto existen en vuestro corazón—porque ya sabéis que no basta ser patriota, sino que es preciso parecerlo—Ferrol os recibirá como se recibe á los hombres grandes. En caso contrario este pueblo no podrá considerarse como protector de un centro que representara un gran sacrificio de los contribuyentes españoles.

Aún estáis á tiempo; id á San Sebastián; rehacer vuestra flota y venid á Ferrol. Somos nobles; sabemos agradecer y el agradecimiento de un pueblo es la mejor página en la historia de un militar.

## EL CISMA DE LOURIZAN

Siempre que se habla del señor Montero Ríos se recuerda, sin querer, su hermosa posesión de Lourizán, en donde crecen con lozanía admirable toda clase de plantas y toda clase de disidencias, aquellas con admirable pompa y verdor, éstas con un séquito numeroso de quinta-esenciados silogismos.

Vuelven ahora á dirigir sus catalejos hacia aquel retiro apacible los políticos ávidos de novedades que estudian y de actitudes difíciles que comprenden.

¿Qué va á pasar allí? No es difícil conjetrarlo, atendiendo á las versiones que conocemos. El señor Gamazo va á Lourizán por causa de asuntos relacionados con los deberes que le impone la toga, y esa es la misma causa que obliga al señor Montero Ríos á recibir en aquella mansión al ilustre juriconsulto castellano.

Si recordamos los antecedentes de la vida pública del señor Montero Ríos, no es difícil prever que, en ésta como en otras ocasiones parecidas, el foro ha servido de causa ocasional á la explosión de su carácter eminentemente discrepante.

Cuando el señor Montero Ríos tuvo el buen acuerdo de abandonar la estéril causa imposible de la república y se decidió á prestar el concurso de su envidiable, aunque algo inquieto, entendimiento á las instituciones que nos rigen, acababa de regresar de Biarritz, en donde, despues de conferenciar con el señor Ruiz Zorrilla y sus amigos, no pudo, por causa de un informe ante el Supremo Tribunal de Justicia, suscribir las bases allí convenidas y acordadas.

Poco despues, y en Lourizán, con ocasión de un banquete, pronunció un discurso, en el que inició su disidencia, que más tarde había de convertirse en oposición ruda contra el señor Ruiz Zorrilla. Tan lejos fué y con tal espíritu el señor Montero Ríos en esta nueva fase de su evolución política que, cuando en noche memorable se ponía en capilla al brigadier Villacampa, el arrepentido zorrillista no fué de los que más impulsos de elegancia sintieron, cuando él y sus compañeros de gabinete acordaron condenar á la última pena al jefe del movimiento del 19 de Septiembre.

Hoy el señor Montero Ríos, como un día hizo protestas vehementes de amistad y adhesión inalterables al señor Ruiz Zorrilla, alardea, con la misma notabilísima sinceridad que entonces, de su efecto á la j fatura del señor Sagasta.

Para iniciar su evolución hacia la monarquía buscó entonces el auxilio de un hombre de tan flexible entendimiento como el señor Martos.

Hoy vive en amistad estrecha y en cordialísima

intimidación con un hombre, por el señor Sagasta tan temido, como el señor Gamazo.

Puede que en Lourizán Avignón, un día de un cisma para los republicanos tan mortal, como que redujo las filas de su Estado Mayor á un grupo insignificante de generales inactivos y discordes, colocados al frente de cuerpos de ejército, hostiles é indisciplinados; puede, repetimos, que, como antaño, en contra de los amigos del señor Ruiz Zorrilla, surja ahora en contra de los del señor Sagasta, en Lourizán, un nuevo cisma que dé al traste con la aparente unidad del abigarrado partido fusionista.

¿Es esta una suspicacia nuestra? ¿Es esta una conjetura inverosímil? ¿Puede considerarse esto como una presunción infundada, cuando, de todas suertes, no somos nosotros los que habíamos de alegrarnos de esas disidencias?

El tiempo lo dirá. Pero los fusionistas podían anticiparse al tiempo de un modo muy sencillo.

Ya que no realicen su prometida y cacareada propaganda política, formulen, de común acuerdo, si el acuerdo es posible, su programa económico.

¿A qué no se atreven?

Así estallarían antes la cisma que les amenaza.

## Entre comas

TIC... TAC...

NOVELA BREVE, PERO COMPENDIOSA  
I

Arturo de Miracielos (un joven muy hermoso, pero que á juzgar por su conducta no tenía casa ni hogar) consiguió cierta noche, á fuerza de ruegos, quedarse á dormir en las habitaciones de una amiga suya, no menos hermosa que él, llamada Matilde Entrambasaguas, que hacía éstas y otras caridades á espaldas de su marido, demostrando con ello que el pobre señor tenía algo de fiera...

Mas hé aquí que dicha noche, á eso de la una, oyéronse fuertes golpes en la única puerta que daba acceso al departamento de Matilde, acompañados de un vocerío espantoso, que gritaba:

—¡Abra usted, señora!

—¡Mi marido!—balbuceó la pobre mujer.

—¡D. José! (tartamudeó Arturo).—¿Pues ¿no me dijiste que nunca venía por aquí?

—¡Ay! No es lo peor que venga (añadió la hospitalaria beldad), sino que es tan mal pensado que no habrá manera de hacerle creer que estás aquí inocentemente.

—¡Pues mira, hija, sálvame!—replicó Arturo.

—Lo primero es lo primero.

—¡Abre, cordera!—prosiguió gritando D. José,

— 65 —

— ¡Abre, cordera!—prosiguió gritando D. José,

— ¡Abre, cordera!—prosiguió gritando D. José,

— ¡Abre, cordera!—prosiguió gritando D. José,

— ¡Abre, cordera!—prosiguió gritando D. José,

— ¡Abre, cordera!—prosiguió gritando D. José,

— ¡Abre, cordera!—prosiguió gritando D. José,

— ¡Abre, cordera!—prosiguió gritando D. José,

— ¡Abre, cordera!—prosiguió gritando D. José,

— ¡Abre, cordera!—prosiguió gritando D. José,

XIII

## REPARICION

Cinco días han corrido, y en todos ellos habíamos visto frecuentemente á nuevo amigo, ya porque él venía al presbiterio, ya porque íbamos nosotras á las Arenas.

Mr. Finch aguardaba, fingiendo una ignorancia completa de que las relaciones de ambos jóvenes, tuviesen un carácter tan pronunciado; y fuerza es confesar que gracias al carácter ingenioso de Lucila, ganaba rápidamente terreno.

¡Pobre ciega! No soy yo, la mujer democrática, independiente, la que he de acriminarla por animar al hombre que amaba y era el pretendiente más tímido que podía imaginarse.

Cuanto más aumentaba la pasión de Lucila, más parecía él dudar de sí mismo, y debo confesar que aquella misma timidez le hacía ganar terreno en mi estimación.

Lucila que no lo veía quería representarse tal cual era y todos los habitantes de la casa, hasta los niños, tuvieron que sufrir un interrogatorio sobre la persona de Oscar.

Se le hacía describir hasta en sus menores detalles, en la ropa que vestía, en las alhajas que usaba y parecía experimentar gran placer cuando le decíamos todos que era muy blanco y muy rubio, confirmando una vez más su horror á los colores oscuros.

Tengo para descubrir ciertas cosas, un instinto particular, y he sentido por intuición que Oscar tenía la tez muy blanca, desde el momento que oí por primera vez su voz: esta voz que iba derecha á mi alma, me le hizo comprender





